LA CRISIS DE LOS AÑOS 30: SUS ORIGENES

A nivel global el mundo vive una profunda crisis que le hace recordar la del 29 con particular interés. En este marco el trabajo del profesor **Jordi Palafox** contribuye a conocer los factores que desencadenaron la depresión, al tiempo que establece las diferencias con la situación actual: la caída de la demanda y de los precios jugó entonces un papel fundamental mientras que la inflación de costes y modificaciones en la demanda y oferta son características importantes de la crisis de los setenta junto a la limitación física de los recursos naturales. Después, el autor pasa a analizar las consecuencias del cambio del liderazgo económico desde Europa a los Estados Unidos, que irrumpe con fuerza en el mercado de créditos al exterior arrastrando a los países acreedores en su caída. En el interior, la brusca reducción del consumo en un sistema que no había generado demanda suficiente, la crisis bursátil y su influencia en un aumento de la preferencia por la liquidez, llevaron a una dura depresión que en el campo exterior desembocó en una guerra comercial y la extensión internacional de la crisis. Del lado de España, el autor subraya el alto grado de autarquía y los efectos de la fuerte devaluación de la peseta que permitieron reducir los efectos de la desfavorable coyuntura exterior, aunque los propios desequilibrios internos y la insolidaridad social llevará también al estancamiento de la economía.

INTRODUCCION

LA depresión económica de los años treinta (o la crisis del 29, como se prefiera) sigue siendo, a pesar de que estamos próximos al cincuentenario de su inicio, un tema sujeto a fuertes controversias hasta el extremo de que aún hoy no existe una síntesis interpretativa de lo sucedido aceptada mayoritariamente. Teniendo en cuenta este hecho, y el carácter introductorio de este trabajo, centraré su contenido en algunos aspectos que, a mi juicio, permiten esbozar un marco, general para su comparación con la crisis actual. Así pues, me limitaré, por una parte, a exponer aquellas causas que provocaron el hundimiento de la economía sin referirme a la evolución concreta de cada país, y, por otra, trataré de sintetizar la repercusión de la depresión en España y los mecanismos que explican la evolución específica de su economía durante aquellos años.

No voy a entrar, por tanto, de forma directa en un análisis comparativo de aquella crisis con la que nos enfrentamos en estos momentos. Pero a pesar de ello creo que debe subrayarse que, sin negar la evidente gravedad de los problemas iniciados en torno a fines de 1973 y principios de 1974, la depresión económica de los años treinta ha de seguir siendo considerada, confiemos que por mucho tiempo, la crisis más grave de la historia del sistema capitalista. Como queda reflejado en el cuadro núm. 1, ni el hundimiento general de la economía, ni el de la producción industrial ni, mucho menos, el del comercio internacional que tuvo lugar de 1929 a 1934 puede ser comparado en su profundidad con el que ha tenido lugar en los últimos años. Las tasas de paro alcanzadas entonces, por otra parte, se encuentran también muy alejadas, al menos hasta este momento, de las actuales. En 1935, la mayor parte de los países europeos y Estados Unidos tenían entre un 20 y un 30 % de su población activa desempleada.

FACTORES DE LA CRISIS

Cambio en los centros de poder económico

Refiriéndome ya al primero de los dos grandes aspectos en los que va a estar centrada mi exposición, existen hoy pocas dudas de que la depresión económica iniciada en 1929, y que se prolongó con mayor o menor intensidad, según cada país, hasta el comienzo de la se-

CUADRO 1

VARIACION PORCENTUAL ANUAL EN LOS PRINCIPALES INDICADORES ECONOMICOS (1928-34 y 1970-76)

AÑO	*Output (precios ctes.) (*)*					*Producción industrial (**)*					*Indice de precios (***)*				
	K.U.	*USA*	*Fr.*	*Al.*	*I.*	*R.U.*	*USA*	*Fr.*	*Al.*	*I.*	*R.U.*	*USA*	*Fr.*	*Al.*	*I.*
1928/29	1,4	6,0	1,8	− 6,2	4,2	5,3	7,9	− 2,0	1,0	2,0	− 2,9	− 1,5	−22,9	1,0	− 4,8
1929/30	0,6	− 8,9	−14,4	− 5,8	− 9,1	− 4,0	−19,3	0,0	−13,0	− 6,0	−12,0	− 9,3	− 3,0	− 9,0	−10,0
1930/31	− 2,8	− 5,9	−15,5	−11,2	− 3,6	− 6,3	−15,9	−15,0	−18,4	− 8,5	−12,5	−15,5	−14,9	−11,0	−13,3
1931/32	5,2	−14,6	−10,3	− 2,0	− 3,8	− 1,1	−21,6	−12,9	−14,1	0,0	− 2,6	−11,2	−12,2	−13,6	− 6,4
1932/33	6,4	− 2,9	− 0,9	13,2	− 0,5	6,7	19,0	9,4	11,5	5,8	0,0	1,7	− 4,6	− 2,9	− 9,6
1933/34	7,4	8,9	− 3,5	10,9	4,7	10,5	4,4	− 7,4	25,0	− 2,2	4,0	13,7	− 4,8	5,9	− 1,5
1970/71	2,2	3,6	5,4	5,4	3,9	0,5	1,7	6,0	1,9	− 0,1	9,0	3,3	2,1	4,3	3,4
1971/72	3,4	6,7	5,6	3,7	3,6	2,1	9,2	7,6	3,9	4,3	5,3	4,5	4,6	2,6	4,1
1972/73	4,6	4,9	5,8	4,0	7,3	7,5	8,5	5,3	6,6	9,7	7,3	13,1	14,7	6,6	17,0
1973/74	− 2,0	− 2,9	1,7	0,7	1,4	− 3,6	− 0,4	2,5	− 1,7	4,6	23,4	18,9	29,4	13,4	40,8
1974/75	1,4	− 1,4	− 2,6	− 1,4	− 3,2	− 5,0	− 8,8	− 8,9	6,2	− 9,2	24,2	9,2	− 5,9	4,7	8,6
1975/76	0,4	5,4	4,5	4,0	4,6	1,2	10,1	9,8	6,9	12,1	16,4	4,6	7,4	3,9	22,9

AÑO	*Importaciones (p. ctes) (***)*					*Exportaciones (p. ctes) (***)*				
	R.U.	*USA*	*Fr.*	*Al.*	*I.*	*R.U.*	*USA*	*Fr.*	*Al.*	*I.*
1928/29	5,2	9,1	11,1	− 5,1	2,1	2,4	3,7	− 0,5	10,8	7,4
1929/30	− 2,9	−23,3	3,7	−14,9	− 9,5	10,9	−19,1	− 1,8	− 1,9	− 8,8
1930/31	− 5,7	−19,2	− 5,5	−27,1	−22,6	−21,0	−25,3	−16,5	−10,5	− 2,8
1931/32	−16,3	−28,7	−19,6	−19,8	−24,1	− 6,1	−25,1	−26,3	−30,8	−28,7
1932/33	− 3,9	7,7	0,0	− 7,1	− 0,6	0,2	2,3	− 1,7	−12,6	− 2,7
1933/34	4,1	0,5	−14,6	0,0	4,9	3,1	12,0	1,5	−19,0	−11,5
1970/71	− 0,3	10,3	8,9	5,1	2,3	4,4	− 1,2	12,3	4,1	9,7
1971/72	7,7	16,6	10,1	4,4	9,3	0,7	8,0	10,6	6,8	11,4
1972/73	32,6	10,6	7,1	6,0	23,1	19,1	16,8	6,3	12,3	2,2
1973/74	18,8	23,5	17,4	8,9	16,5	8,0	16,2	5,6	14,2	7,8
1974/75	−16,2	−12,4	− 3,4	− 2,1	−13,2	− 3,3	0,0	8,7	− 8,3	6,5
1975/76	11,0	19,8	24,0	15,7	17,8	11,3	2,2	11,9	11,3	10,6

Fuentes: MITCHELL, *European Historical Statistics, 1750-1970* (Londres, MacMillan, 1975). UNITED RATIONS, *Statistical Yearbook, 1938 y 1976* (Nueva York, United Nations, 1939, 1977). EUROSTAT, *National Accounts, 1970-1977* (1977). CAPIE, F., COLLINS, M., *How similar are the 1970's to the 1930's*, «The Banker», 127, núm. 619 (1977), pp. 39-43).

(*) Las cifras del período 1928-34 corresponden al PNB para R.U., USA o Italia, y al PNN para Francia e Italia. Todas en precios 1929. Las del período 1970-76, al PIB a precios 1970.
(**) Precios 1929 y 1970 respectivamente, excepto USA, 1928-1934, que corresponde a 1925-1929.
(***) Base 1929 y 1970 respectivamente, excepto USA, 1928-34 que corresponde a 1926.

gunda guerra mundial, tuvo su origen en las tensiones generadas por el desarrollo desigual del capitalismo en las diferentes áreas durante los decenios anteriores, que llevó a la ruptura del equilibrio económico internacional, basado hasta entonces en la supremacía de Gran Bretaña. La ausencia de un país que ejerciera durante esta etapa el liderazgo efectivo en el concierto económico, o mejor, el desplazamiento de éste de Gran Bretaña a Estados Unidos, provocó la quiebra de las bases sobre las que hasta entonces se había asentado la evolución de la economía. La crisis que tuvo lugar en los años treinta, representa, a mi juicio, el período crucial de la transición entre dos etapas cualitativamente diferentes en el desarrollo del capitalismo, en la cual, una vieja estructura desapareció y una nueva no estaba todavía consolidada.

El inicio de este proceso fue, como es obvio, muy anterior al comienzo de la depresión. A principios del siglo XX, el volumen de la producción industrial en los Estados Unidos era ya el más importante del mundo, aun cuando Europa, considerada globalmente, siguiera superándolo. Pero a partir de entonces la diferencia en el ritmo de crecimiento no dejaría de aumentar año tras año. Mientras Estados Unidos cuadruplicaba su

producción entre 1901 y 1929, los países europeos apenas llegaban a multiplicarla por dos en el mismo período (V. Passetti, G. Bloch, 1965, p. 23). La relevancia de este hecho es más evidente si, en lugar de tomar como referencia al conjunto de Europa, consideramos la evolución seguida por Gran Bretaña. La primera potencia capitalista del siglo XIX, y centro del sistema económico internacional hasta 1914 fue, precisamente, uno de los países en donde el crecimiento fue menor. Entre 1901 y 1913 el aumento de la producción fue aproximadamente el 30 % del de la media europea y a lo largo de los años veinte la política económica aplicada para reinstaurar el patrón oro limitó considerablemente la expansión de su economía (S. Pollard, 1967, pp. 215-240). De esta forma, con anterioridad a la primera guerra mundial la tendencia principal del comercio exterior de los Estados Unidos estaba ya moviéndose en contra de los países avanzados en general y en contra de los países europeos en particular (M. E. Falkus, 1971, pp. 603-604), creando con ello un desequilibrio creciente en el terreno del comercio internacional.

La Guerra, sin embargo, aceleraría notablemente los desajustes derivados de la consolidación de Estados Unidos como primera potencia. Durante los años del conflicto, y en los inmediatamente posteriores a él, este país sería el único capaz de hacer frente a las necesidades económicas y financieras de los contendientes. Como resultado, el desequilibrio comercial entre ambos lados del Atlántico se agravaría de manera espectacular. Ningún país avanzado del viejo continente volvería a alcanzar la situación que tenía en la Balanza Comercial de los Estados Unidos antes de 1914, y, como puede comprobarse en el cuadro núm. 2, de 1926 a 1929, el déficit comercial entre Europa y Estados Unidos se multiplicaría por cuatro en relación con el quinquenio 1921-1925 y por más de ocho respecto al período 1910-1914.

Los endeudamientos al final de la primera guerra europea

Al fortalecimiento de su posición contribuyeron también los endeudamientos generados por la guerra entre los distintos países del bloque aliado. Entre todos ellos, Estados Unidos fue el único que al finalizar el conflicto tenía una posición exclusivamente acreedora con un saldo próximo a los 12.000 millones de dólares. Y a diferencia de la actitud que adoptó el Gobierno Federal ante las reparaciones alemanas, intentando suavizar las exigencias francesas, en este caso —en el de las deudas interaliadas— rechazó la sugerencia británica de cancelarlas, que ya había planteado desde un principio Keynes (J. M. Keynes, 1919 y 1922), aduciendo que las deudas intera-

CUADRO 2

EVOLUCION DE LOS SALDOS DE LA BALANZA COMERCIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS POR CONTINENTES (Millones de dólares)

	1901-5	*1910-14*	*1921-25*	*1926*	*1927*	*1928*	*1929*
América del Norte	72	201	231	262	361	424	446
Latinoamérica	–108	–133	–194	–222	–173	–152	–134
Europa	553	514	1.268	1.024	1.037	1.126	1.008
Asia	– 73	–137	–444	–836	–697	–514	–637
Africa	21	2	– 2	5	14	27	22
Australia	17	30	87	144	139	127	–1.135
TOTAL	482	447	947	378	691	1.039	841
Saldo en bienes acabados	104	265	846	1.080	1.103	1.354	1.538

Fuente: M. E. Falkus, *United States Economy Policy and the «Dollar Gap» of the 1920's*, «Economic History Review», XXIV, 1971, n.º 2, pp. 599-623.

liadas eran, a diferencia de las reparaciones, el resultado de una relación estrictamente económica. Aunque, finalmente, éstas no serían pagadas, la intransigencia de los Estados Unidos en este punto enrareció notablemente la cooperación internacional dificultando la ratificación de acuerdos que contribuyeran a limitar el creciente superávit de sus relaciones comerciales con Europa.

Aumento de los créditos al exterior

Otro de los factores que contribuyeron a desarticular las bases sobre las que hasta entonces se había basado la evolución de la economía fue el enfrentamiento entre los grupos financieros norteamericanos y británicos por la supremacía. La rivalidad entre Nueva York y la City llevó, de forma paralela al fuerte aumento de los préstamos exteriores concedidos por ambos, a la relajación de las normas de prudencia seguidas hasta entonces en la concesión de préstamos a otros países, y ello es lo más destacable desde nuestra perspectiva. De esta forma, una parte relevante de las operaciones realizadas a corto plazo durante los años veinte fueron concertadas con gobiernos que tenían graves dificultades para equilibrar sus balanzas de pagos, y que utilizaron los préstamos para cubrir el déficit creado por problemas estructurales. La intensa actividad de los grupos financieros y el comportamiento de la mayor parte de los países más beneficiados por ella, crearon una ilusión de solidez y estabilidad en el panorama internacional, cuando en la realidad ambas eran inexistentes.

La elevación de los tipos de interés en Estados Unidos

En este contexto dominado por los desequilibrios, la elevación de los tipos de interés en Estados Unidos en el verano de 1928 para contener el auge bursátil que entonces se iniciaba y, sobre todo, la caída de la inversión interna en este país a partir de finales de 1929 repercutirían gravemente en el exterior. Sobre todo porque a diferencia de lo que había sucedido en el pasado en el caso de Gran Bretaña, en donde préstamos exteriores e inversión interna habían evolucionado de forma sustitutiva, en Estados Unidos durante estos años, inversiones internas y externas mantuvieron, *en general,* una alta correlación positiva (Ch. P. Kindleberger, 1937, p. 55). La crisis de los Estados Unidos implicaría, por tanto, la brusca paralización de los préstamos al exterior y la inmediata agravación de los ya considerables problemas de los países más beneficiados por las facilidades concedidas hasta entonces. La flexión de la demanda de productos industriales en los países exportadores de productos agrarios y materias primas, en su inmensa mayoría fuertemente endeudados con los grupos financieros de Estados Unidos y Gran Bretaña (1) y la guerra de tarifas arancelarias desatada a mediados de 1930 provocarían una profunda depresión.

Controversia en torno al inicio de la depresión

A la vista de lo señalado en el párrafo anterior, la recesión de la economía estadounidense debe ser considerada como el motor central del inicio de la crisis de los años treinta. Las causas que la originaron siguen siendo, sin embargo, objeto de una fuerte controversia. Desde la aparición de la monumental obra de M. Friedman y A. Schwartz (M. Friedman y A. J. Schwartz, 1963), había venido atribuyéndose su desencadenamiento a la pasividad mostrada por el Sistema de Reserva Federal ante las quiebras bancarias que tuvieron lugar durante los dos últimos meses de 1929. Su negativa a evitar el cierre de lo que Schumpeter denominó «una nube de ineficientes pigmeos» (J. A. Schumpeter, 1946, p. 8), habría convertido una ligera recesión en la crisis más grave de la historia de los Estados Unidos en el último siglo.

Aportaciones más recientes, centradas específicamente en el estudio de la depresión, han demostrado de forma incontrovertible que la relevancia concedida por Friedman y Schwartz a la evolución de la oferta monetaria es exagerada. P. Temin, en un libro que ha reabierto la polémica entre neokeynesianos y monetaristas (Temin, 1976) ha contrastado las conclusiones de los dos destacados miembros de la Escuela de Chicago poniendo de manifiesto que la ola de cierres de entidades bancarias de fines de 1929 no puede ser considerada la causa principal de la crisis interior ni por su ampli-

tud, ni por sus repercusiones sobre los sectores productivos.

Según su investigación lo que provocó el hundimiento de la economía norteamericana fue, por el contrario, la brutal reducción del consumo a lo largo del año 1930 cuya profundidad impidió toda posibilidad de recuperación. «Bienes que no podían venderse no fueron producidos. La caída de la demanda agregada fue extendiéndose por toda la economía. Y al prolongarse aquélla, sin que la actividad se recobrase como podía haberse esperado a partir de lo ocurrido en reducciones previas en el ritmo de producción durante el siglo XX, los empresarios perdieron la confianza que sostiene la inversión privada» (P. Temin, 1976, p. 172).

Las causas que llevaron de forma directa a esta severa disminución del consumo interno son desconocidas hasta el momento. Como ha señalado el mismo Temin, «la parte que puede ser atribuida a la reducción de ingresos en el sector agrario o a las consecuencias del crack bursátil, es menor que la que permanece inexplicada» (P. Temin, 1976, p. 172). No contamos, por consiguiente, con una explicación de cuales fueron los mecanismos que provocaron la depresión. Pero aun cuando no exista una relación mecánica estricta entre esta cuestión y las características del desarrollo de la economía norteamericana en los años anteriores, parece posible afirmar que las tensiones generadas durante la expansión contribuyeron decisivamente a la gravedad y amplitud que tuvo la crisis.

Los años veinte fueron en Estados Unidos una etapa de crecimiento acelerado. De 1923 a 1929, la tasa de incremento del P. N. B. se situó en torno a un 5 por 100 media anual. El auge, sin embargo, estuvo basado principalmente en la expansión de industrias de bienes de producción y de lujo que en su mayoría utilizaban técnicas de producción capital intensivas. Por otra parte, en todas ellas, y paralelamente al crecimiento de la producción, tendría lugar un aumento de la productividad que es necesario calificar de espectacular: entre 1923 y 1929 su crecimiento sectorial medio fue aproximadamente del 50 por 100. No puede extrañar, por consiguiente, que durante el mismo período de tiempo los beneficios declarados por las empresas y los dividendos repartidos aumentaran en un 52 por 100 y un 65 por 100 respectivamente. Sobre todo, teniendo en cuenta que los precios al por mayor se mantuvieron prácticamente estancados, (– 2 por 100 de 1923 a 1929), y los salarios pagados crecieron en muy escasa medida (+ 5 por 100 de 1923-1929). (D. F. Dowd, 1964, pp. 148-150; P. Sylos Labini, 1979, p. 14).

Los desajustes, creados por esta evolución, en una economía en la que el componente principal de la demanda es interior, tenían que ser importantes. Porque si bien el bajo aumento de los salarios permite el crecimiento de la inversión (vía aumento de las tasas de beneficios), los límites que impone a la expansión del consumo acaban por repercutir sobre la misma inversión en sentido negativo. El resultado final en el interior del ciclo de estas dos tendencias contrapuestas depende fundamentalmente, como ha insistido recientemente P. Sylos Labini, de la velocidad relativa de los incrementos en los salarios y la productividad. En tanto que la primera sea más baja que la segunda, la caída de los costes salariales tendrá un efecto positivo en la inversión, al hacer aumentar el margen de beneficios y la tasa de beneficio, y un efecto negativo, ya que los gastos de consumo tenderán a crecer más lentamente que el output. En el curso del tiempo, el lento crecimiento de éstos tenderá a afectar adversamente a la tasa de beneficio y ello tenderá a anular el efecto positivo inicial (P. Sylos Labini, 1979, p. 5). Y como acabo de señalar, en los Estados Unidos durante los años veinte el crecimiento de la productividad fue muy superior al de los salarios.

La crisis de la economía norteamericana, por tanto, «fue precedida, y en este sentido "causada" por un período de excesiva expansión de las ganancias» (P. Sylos Labini, 1979, p. 11), que dadas las características del auge que las hizo posibles, llevaron al agotamiento de las oportunidades de inversión consideradas rentables por los empresarios ante la ausencia de un consumo creciente. La ola de especulación bursátil iniciada en 1928, consecuencia en gran parte del proceso que acabo de señalar, permitiría mantener, sin embargo, un optimismo sin límites entre empresarios y autoridades económicas. Sólo la quiebra de Wall Street haría visible la gravedad de los desequilibrios acumulados.

No voy a entrar aquí en el

análisis de las diferentes fases del boom, y posterior hundimiento, de las cotizaciones en el mercado de valores y de los mecanismos especulativos que los provocaron. Es evidente que el pánico por la liquidez y la presión deflacionista derivada del propio crack, actuaron como catalizadores de los desajustes creados por la expansión anterior. Pero como han puesto de relieve Kindleberger y Temin, con toda su importancia, el papel desempeñado por ambos debe ser limitado al de detonantes de un proceso que tuvo una dinámica propia e independiente (Ch. P. Kindleberger, 1973, p. 118; P. Temin, 1976, p. 174).

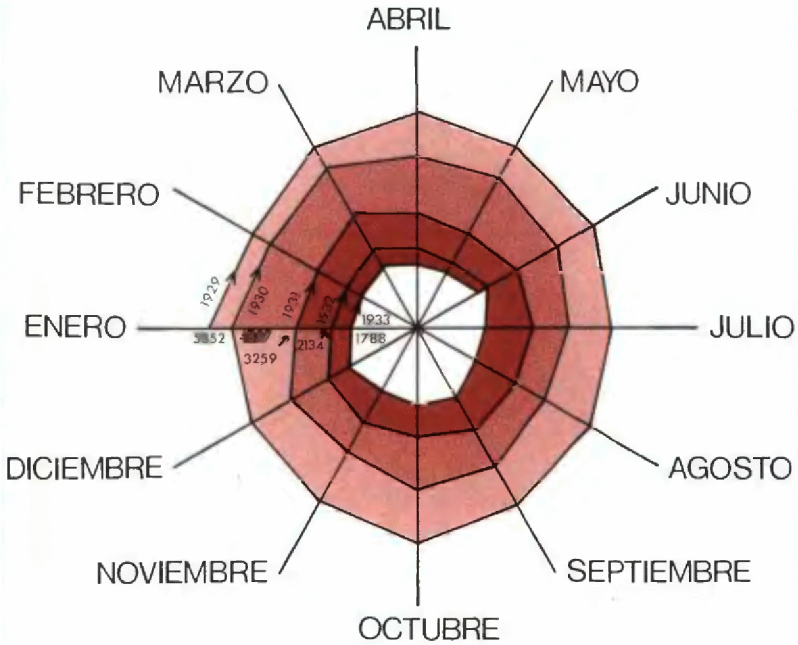
La transmisión de la crisis

La transmisión de la crisis al resto del mundo tuvo lugar, principalmente a través de dos vías: la reducción de los préstamos exteriores, que empeoró sustancialmente la situación de los países del este de Europa y de los exportadores de materias primas y productos agrarios, y la aplicación de medidas arancelarias proteccionistas por otra. A la primera de ellas ya he hecho una breve referencia. En relación con la segunda, sin embargo, quisiera señalar algunas de las medidas más importantes, ya que la disminución en el valor de los intercambios comerciales internacionales superó el 70 por 100 entre 1929 y 1933.

La aprobación de la Hawley Smoot Tariff Act en Estados Unidos en junio de 1930 hay que situarla en un contexto más amplio, surgido con anterioridad, de limitaciones crecientes a la libertad de comercio. Medidas de protección arancelaria se habían aplicado en distintos países antes de 1930 para intentar corregir los déficits en sus balanzas de pagos. Pero la definitiva aprobación de la citada tarifa, de una eficacia anticíclica discutible dada la composición de las importaciones de Estados Unidos y su situación económica interior en aquellos momentos, fue considerada por el resto de los países como una declaración de guerra comercial. Más de una treintena de gobiernos protestaron ante la Casa Blanca, amenazando con tomar medidas de represalia, e

El comercio mundial sufrió una caída vertical en los años treinta que el gráfico recoge puntualmente. Ante el alza de los aranceles, la contingentación y el rigor de los controles de cambio, el valor del comercio mundial evoluciona en forma de espiral en la cual la cifra de cada mes es muy inferior a la del mes correspondiente del año anterior, alcanzando su punto más bajo en 1933 con un valor aproximadamente la mitad que en 1929. El volumen físico del comercio disminuyó mucho menos, pues su cifra más baja solo fue de un 25 % respecto a la de 1929. La diferencia entre las dos medidas se debió a la baja de los precios que acompañó a la crisis del 29.

ESPIRAL DEL COMERCIO MUNDIAL
(EN MILLONES $ ORO)



Fuente: *World Economic Survey, 1932-33* (Publicaciones de la Sociedad de las Naciones, 1933).

incluso en el interior de los Estados Unidos tuvo lugar un amplio movimiento en favor de que Hoover vetara el acuerdo del Congreso (Ch. P. Kindleberger, 1973, p. 133; A. H. Meltzer, 1976, pp. 459-460).

La reacción proteccionista que se inició de inmediato recibiría un impulso decisivo en septiembre de 1931, con el abandono por parte de Gran Bretaña del patrón oro que fue acompañada de la aplicación de trabas a la importación. Tras un período de continua debilitación de la libra esterlina en el mercado internacional, abierto con la publicación del *May Report* y agudizado por la crisis financiera de mayo-julio de este año, Gran Bretaña decidió el 21 de septiembre dejar flotar libremente su moneda. Paralelamente, para fomentar la actividad interior se establecieron derechos temporales de admisión sobre una amplia serie de productos con un valor medio del 50 por 100 *ad valorem*. Las repercusiones de ambas medidas son difíciles de exagerar. Durante decenios Gran Bretaña había sido el exponente máximo de la ortodoxia. Su decisión de abandonarla, dado el contexto en el que se produjo, marcaría el camino a seguir por el resto del mundo. Entre octubre de 1931 y junio de 1932, la totalidad de los países europeos y una parte importante de los del mundo pondrían en práctica algún tipo de medida para limitar sus importaciones (Societé des Nations, 1932, pp. 355-358). La posterior devaluación del dólar y el fracaso de la Conferencia de Londres llevarían a la consolidación del proteccionismo. En 1935 todos los países de Europa estaban utilizando casi todos los medios conocidos de restricción comercial impidiendo con ello una recuperación más rápida de sus economías (P. Friedman, 1978, p. 173). Tan sólo después de la Segunda Guerra Mundial, la economía internacional volvería a recuperar su estabilidad bajo la preeminencia de los Estados Unidos.

CONSECUENCIAS DE LA CRISIS EN ESPAÑA

A pesar de la importancia de la crisis a la que acabo de referirme, sus repercusiones en España han sido, hasta el momento, escasamente estudiadas. Teniendo en cuenta la situación de la economía española en aquellos años, caracterizada, como puso de relieve P. Vilar, por «el desarrollo *débil* y sobre todo *desigual* de las fuerzas productivas» (P. Vilar, 1968, pp. 56-57), la inexistencia de investigaciones sobre la evolución de las distintas zonas geográficas, excepción hecha de Cataluña y el País Valenciano, hace difícil precisar con rigor las consecuencias de la depresión internacional en cada una de ellas.

Las vías de penetración de la crisis

A pesar de ello, es posible establecer un marco general en el que queden integrados los efectos provocados por las distintas vías de incidencia. La revisión de la serie de renta nacional realizada por Julio Alcaide (J. Alcaide, 1976, pp. 1.127-1.150), cuya validez como aproximación queda probada al contrastarla con las estimaciones más fiables elaboradas durante aquellos años (J. A. Vandellós, 1925; A. de Miguel, 1935) permite poner de relieve que, a diferencia de lo ocurrido en la mayor parte de los países, la evolución general de la economía española fue positiva durante los años treinta. Y aun cuando ello no implique la inexistencia de graves problemas, a los que me referiré a continuación, los porcentajes anuales de variación del producto nacional neto español demuestran su evidente separación de la tendencia económica general.

La explicación de esta evolución específica, claramente atípica en relación con el contexto europeo, hay que buscarla, por una parte, en las escasas consecuencias de la crisis internacional —debido especialmente al alto grado de protección arancelaria alcanzado, extre-

CUADRO 3

EVOLUCION DE LA RENTA NACIONAL ESPAÑOLA (+) (1928-1935)

1928/29	+ 5,9
1929/30	− 0,6
1930/31	+ 0,2
1931/32	+ 11,0
1932/33	− 3,2
1933/34	+ 5,1
1934/35	− 2,0

Fuente: J. ALCAIDE, *Una revisión urgente de la serie de renta nacional española en el siglo XX*, en I. E. F., *Datos básicos para la historia financiera de España, 1850-1975*, I. E. F., 1976, vol. I, p. 1.142.
(+) Pesetas constantes 1929.

madamente eficaz en una coyuntura deflacionista general— y, por otra, en la política económica que desarrollaron, no sin gravísimas contradicciones, los gobiernos republicanos.

En relación con la primera de estas dos cuestiones, se han señalado tres vías de incidencia: la contracción y la retirada de las inversiones del capital extranjero; la desaparición de las posibilidades de emigrar y, sobre todo, la brutal reducción del comercio exterior.

La recesión del comercio exterior

El hundimiento de las importaciones y exportaciones entre 1929 y 1931, (–57,1 por 100 y –52,2 por 100 respectivamente con base 1929), y, en general durante el primer quinquenio de los treinta (–68 por 100 y – 72,2 por 100 entre 1929 y 1935 también con base 100 en 1929), ha merecido una considerable atención en los escasos escritos publicados sobre el tema, llegándose, en algunos casos, a incluir a España en el grupo de países más afectados por la disminución del comercio internacional que, como hemos visto, tuvo lugar a partir de 1930, y, como consecuencia, más afectados por la depresión.

Una conclusión como la anterior, obtenida a partir de las *Estadísticas Oficiales del Comercio Exterior* es, sin embargo, errónea. A pesar de las advertencias hechas por Velarde sobre la nula fiabilidad de estas cifras dado el método de valoración empleado hasta 1930 y su estimación en pesetas oro durante todo el período (J. Velarde, 1968, pp. 39-40), su uso generalizado ha llevado a exagerar la importancia de las repercusiones de la crisis en el comercio exterior español. Los primeros resultados de la reelaboración que estoy realizando sobre la base de las estadísticas oficiales de los países más importantes en la Balanza Comercial Española, en la que Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania representaban aproximadamente el 40 por 100 de las importaciones y más del 60 por 100 de las exportaciones, ofrecen un panorama bien distinto. Partiendo de cifras que cabe considerar más fiables y valorándolas en pesetas papel para tener en cuenta el intenso y, como señaló Keynes en su corta estancia en España, positivo proceso de depreciación de la peseta (J. M. Keynes, 1930, p. 560), la importancia del descenso queda sensiblemente atenuada tal y como puede comprobarse en el cuadro siguiente.

Teniendo en cuenta este hecho; la composición de las importaciones y de las exportaciones y su escasa importancia en el P. I. B. (8,1 por 100 y 6,2 por 100 de media anual respectivamente para el quinquenio 1924-1928), es evidente que, a menos que se supongan efectos multiplicadores inverosímiles, la tesis de que la caída de los intercambios comerciales fue la causante de los graves problemas que afectaron a algunos sectores productivos, difícilmente puede ser mantenida.

La emigración

En relación con las dificultades a la emigración, no puede negarse que la crisis internacional creó un problema suplementario que vino a sumarse a los muchos con que se tuvo que enfrentar la Segunda República Española. El cambio de signo de la corriente migratoria

CUADRO 4

EVOLUCION DEL COMERCIO EXTERIOR ESPAÑOL (1929-1935) (1929-100)

AÑO	*Importaciones*		*Exportaciones*	
	A	*B*	*A*	*B*
1930	10,48	89,4	124,0	116,2
1931	76,1	42,9	132,0	48,8
1932	72,2	35,6	97,9	35,1
1933	63,3	30,5	81,0	31,8
1934	61,3	31,2	77,3	28,9
1935	62,8	32,0	77,0	27,8

A = Indice ponderado de la evolución del comercio exterior elaborado a partir de las estadísticas oficiales de U. S. A. *(Statistical Abstracts)*, Gran Bretaña, *(Parliamentary Papers)* y Francia *(Annuaire(s) Statistique(s) de la France)* (pesetas papel).
B = Obtenido a partir de las *Estadística(s) del Comercio Exterior* (pesetas oro).

y el que éste tuviera un saldo positivo de 106.243 personas entre 1931 y 1935 es una buena prueba de ello. Ahora bien, ni su relevancia en el nivel de paro alcanzado puede ser exagerada, ni su existencia atribuida precipitadamente a las trabas impuestas por los países tradicionalmente receptores del excedente de población que la atrasada economía española era incapaz de absorber. En primer lugar, porque como demostró Nadal, el componente principal del desempleo durante el período 1931-35 era paro estructural derivado de un sensible descenso de la mortalidad (J. Vicens, J. Nadal, C. Martí, 1966, pp. 102-105). Y en segundo, porque no es aventurado suponer que el saldo positivo, provocado principalmente por el descenso del número de emigrantes, se debió en gran parte a las expectativas que suscitó entre los trabajadores el cambio de régimen que fue acompañado de un sensible aumento de los salarios reales y del anuncio de que se iba a acometer la reforma de la estructura de la propiedad de la tierra en las zonas de latifundio. El que ni en 1929 ni en 1930 tuviera lugar una disminución apreciable de las salidas, y que, en cambio, ésta se inicie en 1931 hasta alcanzar su mínimo en 1933, para volver a aumentar en los dos años en que los partidos políticos de la derecha estuvieron en el gobierno, representa a mi juicio, un indicio extremadamente significativo en este sentido.

Las inversiones extranjeras

Respecto al tercero de los factores señalados, la evolución de las inversiones extranjeras en estos años, no podemos sino en gran parte especular, puesto que no contamos con cifras que permitan precisar sus movimientos. Pero no por ello debe dejar de subrayarse que todos los indicios con los que contamos apuntan hacia la conclusión de que no existió un cambio en el comportamiento del capital extranjero en relación con los años precedentes. La estimación de la balanza de pagos española, elaborada por F. Jáinaga para la etapa 1931 - 1934, constituye un buen ejemplo (S. Chamorro, R. Morales, 1976). La serie es, sin duda, excesivamente corta para obtener resultados indiscutibles, pero, los saldos de la cuenta de capital, valorados en pesetas papel, son positivos en los cuatro años y, exceptuando 1933, con tendencia creciente. Y, por otro lado, tanto el completo informe escrito por L. Creus (L. Creus, 1933), para que la organización Pirelli calibrara sus posibilidades de penetración en el mercado español, como el intento de crear un monopolio de la producción de abonos nitrogenados, impulsado por General Electric, Geathom e Hidro Hitro (Archivo C. E. E. V., 1935) permiten avanzar la hipótesis de que no hubo un movimiento intenso de retirada del capital extranjero durante el período.

Relativo aislamiento de la economía española

Lo señalado hasta aquí pone de relieve que las repercusiones de la depresión exterior no pueden ser consideradas en ningún caso como el origen de los problemas económicos fundamentales de la España de los años treinta. Las repercusiones existieron, y afectaron principalmente a aquellas zonas claramente orientadas hacia la exportación como era el caso del País Valenciano. Pero la tendencia a la autarquía de la economía española desde principios del siglo XX (R. Perpiñá, 1935) consolidada durante la Primera Guerra Mundial, (S. Roldán, J. L. García Delgado, 1973), y la fuerte devaluación de la peseta, permitieron aislar en gran medida su evolución de la coyuntura exterior.

El segundo de los factores que explica la separación de España de la tendencia depresiva general fue la política económica de los gobiernos republicanos. El aumento de los salarios entre 1931 y 1933 en un 20-3 por 100, según los sectores, permitió un sensible crecimiento del consumo que, dada la situación de la mayor parte de los trabajadores, se orientó principalmente hacia los productos alimenticios y en menor medida hacia el calzado y el vestido. Los efectos inducidos de la política salarial fueron más importantes durante la primera etapa del régimen republicano, pero sus repercusiones se prolongaron a lo largo de todo el quinquenio 1931-1935, ya que, a diferencia de lo ocurrido en procesos políticos más recientes, en parte similares (Chile, 1970; Portugal,

1974), en donde el alza inicial de los salarios fue contrarrestada a medio plazo por una tasa superior de inflación (S. Ch. Kolm, 1977, pp. 33-55), durante la Segunda República Española los precios mantuvieron una tendencia ligeramente deflacionista.

Dos diferentes políticas económicas: La Dictadura y el Gobierno Berenguer

El que no tuviera lugar una crisis económica generalizada comparable con la de otros países no significa, en modo alguno, que todos los sectores experimentasen una evolución favorable. Ni tampoco que la política económica aplicada no tuviera consecuencias negativas. La crisis de la siderurgia, y en general de las industrias de bienes de inversión, cuya gravedad superó a la de la media de los países europeos, constituye un buen ejemplo de ello.

Durante los años veinte, y en especial durante la etapa de la Dictadura de Primo de Rivera, el sector público aumentó considerablemente su intervencionismo económico limitando, por un lado, la competencia en un número considerable de sectores, y aumentando, por otro, la inversión que fue financiada en su mayor parte a través de emisiones de Deuda Pública. Al margen de las intenciones que tuviera Primo de Rivera al impulsar una política de este tipo, lo que resulta evidente es que sus consecuencias sobre el desarrollo de la economía fueron limitados dado el alto grado de oligopolización de los sectores industriales sobre los que recayeron los efectos inducidos de las obras de capital social fijo construidas, ferrocarriles y obras hidráulicas especialmente, y la existencia de una importante capacidad productiva subutilizada desde el final de la Primera Guerra Mundial que supuso la desaparición de la demanda externa asociada a ella.

A costa de generar fuertes tensiones financieras —los intereses de la Deuda Pública representaban en 1930 la cuarta parte del total del gasto presupuestado— el déficit permitió evitar, al menos a medio plazo, la crisis generalizada en estas actividades aumentando las ganancias por encima del nivel determinado por la propia inversión privada, pero sin provocar efectos inducidos reseñables sobre el resto de los sectores productivos.

La desaparición del régimen autoritario supuso la vuelta a los principios de la ortodoxia presupuestaria vigente. De 1930 a 1936, la igualdad entre gastos e ingresos sería el objetivo central, en ocasiones único, de los diferentes ministros de Hacienda. Los intentos de equilibrar a corto plazo el presupuesto, reduciendo el gasto, provocaron la detención del ritmo de crecimiento de la inversión del sector público y, por consiguiente, el descenso de la demanda efectiva y de las ganancias en los sectores más beneficiados por la política económica de la dictadura. A ello se sumó, a partir del 14 de abril de 1931, el giro negativo de las expectativas empresariales, provocado por la nueva situación que creó el cambio de régimen, y el alza de los costes ante la elevación de los salarios. Los efectos por separado de cada uno de estos factores sobre los beneficios y la inversión del sector de bienes de producción son imposibles de determinar. Pero su importancia conjunta es incontrovertible: entre 1929 y 1933, el descenso de ambos superó el 40 por 100 (J. Palafox, 1979).

Sin negar la importancia de la evolución de las expectativas o de la política presupuestaria en este proceso, sobre la que ya he insistido en otro lugar (J. Palafox, 1979), quisiera destacar aquí las consecuencias negativas que tuvo el crecimiento salarial por cuanto éstas no quedarían limitadas al sector de bienes de producción y además, porque en la actualidad, aunque en un contexto muy diferente, está sucediendo algo similar. Como hemos visto al esbozar las tensiones de la economía norteamericana durante la década de los años veinte, el fuerte incremento de la productividad determinó, al no ir acompañado de un aumento paralelo de los salarios, la caída a medio plazo de la inversión ante el lento crecimiento de los gastos en consumo. La situación inversa, sin embargo, provoca efectos similares. «Cuando el incremento de los salarios es mayor que el de la productividad, el aumento del costo del trabajo tendrá un efecto negativo reduciendo la tasa de beneficio, y un efecto positivo al expander el consumo más rápidamente que la producción. Sin embargo, pronto o tarde, la disminución de la tasa de beneficio determinará una disminución de la inversión y, finalmente, en los gas-

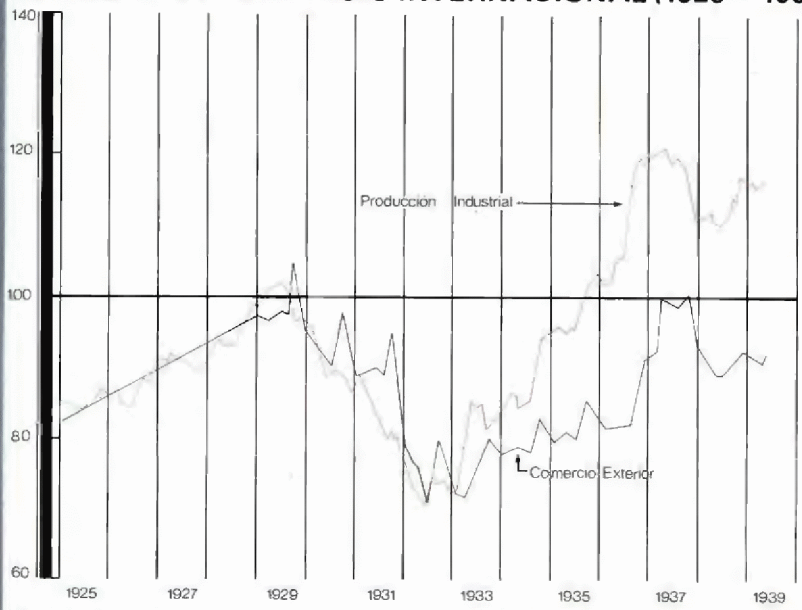
tos de consumo, cancelando así el efecto positivo inicial» (P. Sylos Labini, 1979, p. 5).

Esta sucesión de efectos, descrita por Sylos Labini, se ajusta, en mi opinión, a lo que ocurrió en España durante los años treinta. Excepto, obviamente, en su parte final ya que aquí la cancelación del efecto positivo inicial fue sustituida por una guerra civil. A pesar de que no contamos con estadísticas de la producción industrial, toda la información cualitativa existente permite afirmar que ésta permaneció estancada no sólo durante los años treinta, sino también en los anteriores. O, en todo caso, que su crecimiento puede considerarse despreciable. La nula competitividad de los productos españoles en el mercado internacional, y el que la innovación técnica fuera legalmente prohibida en 1926, son dos buenas pruebas de la escasa importancia desempeñada por la productividad en el crecimiento de la economía española durante el primer tercio del siglo XX. En estas condiciones, la expansión del consumo durante la república tuvo que hacerse, en gran parte, a costa de limitar las posibilidades de inversión en el conjunto de los sectores industriales. Por ello, el mantenimiento de las cifras de producción en la industria textil, exponente de las de consumo, durante el trienio 1931-1933, no constituye una prueba de que en su interior no se estuvieran acumulando estrangulamientos cada vez más importantes. La ligera contracción en el ritmo de actividad inaugurado en 1934 indica, muy probablemente, que las repercusiones del cambio en el modelo de crecimiento inaugurado con la caída de la Dictadura comenzaba a afectar en forma negativa, también, a este sector.

Especular sobre lo que hubiera sucedido en una situación en la cual la productividad hubiera desempeñado un papel más relevante en el pasado, y en la que los salarios hubieran limitado su aumento por debajo del de aquélla, es arriesgado porque en este caso la economía y la sociedad española de aquellos años hubiera sido muy diferente. Pero aun con el riesgo que ello supone, pienso que puede afirmarse que, incluso en este hipotético caso, el desenlace de la república hubiera sido el mismo ya que, a mi juicio, las causas principales del enfrentamiento armado iniciado en julio de 1936 fueron la actitud de boicot a toda trans-

De la misma manera que la renta cayó con la crisis del 29, lo hizo el comercio internacional. En todo el período existe una estrecha correspondencia entre el volumen del comercio exterior en unidades físicas y el nivel de producción industrial, debido a que la mayoría de las importaciones de USA están constituidas por productos primarios y semimanufacturados. Con solo breves interrupciones la inversión, la producción industrial, el empleo, la renta nacional y el comercio internacional se derrumbaron entre 1929 y 1933. A partir de esta fecha se inicia una recuperación de la producción industrial hasta llegar a finales de 1936 a un nivel del 20 % superior a la de 1929. La recuperación del comercio mundial no fue tan clara. En diciembre de 1936 todavía estaba un 10 % por debajo de 1929 debido a la prepotencia de las ideas mercantilistas y la búsqueda de la autarquia que implicaba el desarrollo de medidas proteccionistas.

LA CRISIS DEL COMERCIO INTERNACIONAL (1929 = 100)



Fuente: P. T. Ellsworth, *The International Economy* (New York, Macmillan, 1958).

formación mantenida desde un primer momento por la derecha agraria, y los planteamientos radicales de una parte destacada del movimiento obrero. Pero el aumento de los salarios, al tener lugar en el contexto en el que se produjo, contribuyó, en mi opinión decisivamente, a separar de la república a algunos sectores sociales ligados a la industria que en un principio mantuvieron una postura de colaboración con el régimen democrático.

La evolución que muestra la renta nacional, por tanto, no debe llevar a exagerar la estabilidad de la economía española durante los años treinta. Por el contrario, puede afirmarse que ésta llegó al final de una etapa en aquel período ante la gravedad de los estrangulamientos generados por el tipo de crecimiento impulsado, desde principios del siglo XX, por los sectores dominantes. La negativa de éstos a afrontar la necesaria y urgente reestructuración de sus empresas; la falta de decisión de los gobernantes a la hora de plantear medidas alternativas, y la incomprensión general de los problemas básicos creados por el desequilibrado desarrollo del capitalismo en España llevarían a la ruptura de la mínima solidaridad que exige el progreso de una sociedad. Aunque las circunstancias sean en la actualidad muy distintas y el desenlace que tuvo entonces la crisis impensable, la desaparición de esta mínima solidaridad social, en base a la supuesta suprema eficacia del mercado, puede tener, también hoy, consecuencias desastrosas para nuestro futuro.

NOTAS

(1) Dado que la evolución del comercio internacional durante los años veinte empeoró sustancialmente sus relaciones reales de intercambio con los países industrializados. La exclusión en el texto de referencias directas a la deflación de los precios agrarios que tuvo lugar después de la Primera Guerra Mundial se debe a que hasta el momento su relación con la crisis no ha sido demostrada. Como ha señalado D. H. Aldcroft, el proceso deflacionista no fue ni tan profundo ni, sobre todo, tan general, como tradicionalmente se ha mantenido (D. H. Aldcroft, 1976, pp. 224 y ss.). La aportación en este sentido del, por otra parte, excelente libro de Ch. P. Kindleberger no deja de ser extremadamente impresionista. (Ch. P. Kindleberger, 1973, pp. 83 y ss.).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ALCAIDE, J.: *Una revisión urgente de la serie de renta nacional española en el siglo XX*, Instituto de Estudios Fiscales. *Datos básicos para la historia financiera de España. 1850-1975.* Madrid. I. E. F. Vol. I, pp. 1.127-1.150 (1976).

ALDCROFT, D. H.: *From Versailles to Wall Street 1919-1929* (Londres. Allen Lane. 1976).

ARCHIVO C. E. E. V.: *Centro de Estudios Económicos Valencianos. Documentación sobre el problema del nitrógeno.* (1935).

CHAMORRO, S., MORALES, R.: *Las balanzas de pagos de Francisco Jáinaga*, «Información Comercial Española», n.º 511, pp. 107-118 (1976).

CREUS, L.: *Memoria general y recopilación de distintos trabajos relativos a las posibilidades de penetración en España de la gran industria metalúrgica, eléctrica y química italianas.* Barcelona, ejemplar mecanografiado (1933).

DOWD, D. F.: *Modern Economic Pro-*

blems in Historical Perspective. (Boston D. C. Heath & Co. 1964).

FRIEDMAN, M., SCHWARTZ, A. J.: *A Monetary History of the United States. 1860-1960* (Princeton, University Press, 1963).

FRIEDMAN, P.: *An Econometric Model of National Income, Commercial Policy and the Level of International Trade: The Open Economies of Europe, 1924-1938.* «The Journal of Economic History», 38, n.° 1, pp. 148-180 (1978).

KEYNES, J. M.: *Proposals for the Reconstruction of Europe,* «Essays in Persuasion» (Nueva York, Norton & Co. 1919).

KEYNES, J. M.: *A Revision of the Treaty* (Londres. MacMillan, 1922).

KEYNES, J. M.: *Opiniones de Mr. Keynes.* «España Económica y Financiera». 38, n.° 1.947 (1930).

KINDLEBERGER, Ch. P.: *The World in Depression, 1929-1939.* (Londres. Allen Lane, 1973).

KOLM, S. Ch.: *La Transition Socialiste. La politique économique de gauche* (Paris, Les editions du Cerf, 1977).

MELTZER, A. H.: *Monetary and Other Explanations of the Start of the Great Depression* «Journal of Monetary Economics» 2, pp. 455-471 (1976).

DE MIGUEL, A.: *El potencial económico de España* (Madrid, Gráfica Administrativa, 1935).

PALAFOX, J.: *La depresión económica de los años treinta y la crisis industrial española* (En curso de publicación) (1979).

PASSATTI, V., BLOCH, G.: *Industrial Production in Western Europe and the United States, 1901-1929.* «Banca Nazionale dell Lavoro Quarterly Review», n.° 39 (1956).

PERPIÑÁ, R.: *De economia hispana* (Barcelona, Labor, 1936).

POLLARD, S.: *The Development of the British Economy. 1914-1967* (Londres Edward Arnold, 1967).

ROLDÁN, S., GARCÍA DELGADO, J. L.: *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920* (Madrid, C. E. C. A., 2 vols., 1973).

SCHUMPETER, J. A.: *The American Economy in the Interwar Period,* «The American Economy Review», 2, pp. 1-10 (1946).

SOCIETÉ DES NATIONS: *La situation economique mondiale, 1931-1932* (Ginebra, Societé des Nations, 1932).

SYLOS LABINI, P.: *On the Concept of the Optimum Rate of Profit,* AA. VV. *Essays in Honour of Edward Lipinski* (de próxima aparición, 1979).

TEMIN, P.: *Did Monetary Forces Cause the Great Depression?* (Nueva York, Norton & Co., 1976).

VANDELLOS, J. A.: *La riqueza y la renta en la Península Ibérica.* Reproducido en Schwartz, *El producto nacional de España en el siglo XX.* (Madrid, I. E. F., 1977, 1925).

VELARDE, J.: *Lecturas de economía española* (Madrid, Gredos, 1968).

VICENS, J.; NADAL, J., y MARTÍ, C.: *Les mouvements ouvriers en Espagne en temps de dépression économique (1929-1939). Leurs consequences d'ordre politique et social,* en «Mouvements ouvriers et dépression économique de 1929 a 1939». Assen. Van Gorcum (1966).

VILAR, P.: *La guerra de 1936 en la historia contemporánea de España.* «Realidad», núm. 16 (1968).